

SEGUNDO ENCUENTRO DE LAS COMUNIDADES MONÁSTICAS
DE LA REGIÓN ANDINA:

27 de junio de 2006, Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Chile.

Algo sobre el contexto del Encuentro

La relativa cercanía geográfica de los monasterios benedictinos y cistercienses de Chile, afiliados a la Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur (SURCO), torna más factibles los encuentros en torno a ciertos temas. En el año 2000 lo fue el del gran jubileo de la Iglesia; esta vez el motivo fue *la preparación a la Quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, para la que nuestros obispos solicitaron nuestra contribución orante, pidiendo la luz del Espíritu Santo durante su preparación y celebración.

Como es sabido, tal Conferencia tendrá lugar en mayo del próximo año en el santuario de Aparecida, Brasil, y contará con la presencia de S.S. el Papa Benedicto XVI. Después de la primera Asamblea general del episcopado continental de 1955 en Río de Janeiro, y de las subsiguientes de 1968 en Medellín, de 1978 en Puebla y de 1992 en Santo Domingo, esta quinta reunión de nuestros pastores, además de obrar la animación del pueblo de Dios como las anteriores, se enfrenta, empero, a un escenario cultural y social muy distinto. Como nos lo hacía ver nuestro arzobispo, Cardenal Francisco Javier Errázuriz, Presidente del CELAM, que compartió con nosotros gran parte de nuestro Encuentro del día 27 de junio pasado, se presentan a la cristiandad del Nuevo Mundo nuevos y más arduos desafíos que muestra el Documento de Participación (D.P.), como son: la disminución estadística de un 10% de la Iglesia católica, debido a una mengua de la fe y un debilitamiento del compromiso de muchos creyentes con la Iglesia y con la misma fe; el crecimiento de un laicismo militante, que pretende limitar el ejercicio y la manifestación de la fe al mero ámbito privado; una agresividad nueva contra la Iglesia, que intenta rebajar su autoridad moral y dañar su imagen; y la proliferación de las sectas y movimientos religiosos de tipo sincretista. Se extiende una mentalidad que en la práctica prescinde de Dios en la vida concreta.

En el diálogo que se entabló con el Sr. Cardenal se esbozaron varias respuestas que podría ofrecer la vida monástica a tales desafíos y éste invitó a que enviáramos propuestas en forma escrita a las instancias encargadas. Es poco probable que el pensamiento de los monasterios pudiera ser considerado de mucho peso en la gran cantidad de papeles y pronunciamientos teológicos y pastorales que sin duda abundarán en Aparecida. Pero la lectura y el intercambio de ideas sobre las ponencias presentadas ante todo por los monasterios femeninos de Quilvo, Mendoza de Rengo y Rautén y los resúmenes ofrecidos por nuestro P. Abad Benito de Las Condes tuvieron además otro valor: el de ayudar a tomar conciencia como monasterios de la tradición benedictino-cisterciense frente a la vida y la lucha de la Iglesia, particularmente en nuestro continente, animándonos a sentirnos comprometidos en esta tarea de “discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. En este sentido nuestra Jornada del 27 de junio fue un ejercicio muy pleno del “*ecclesiasticos monazein*” –vivir la vida monástica con y junto a la Iglesia.

Algo de lo sucedido en el Encuentro

Pero comencemos por el marco externo en que se desarrolló este encuentro espiritual, tomando como base las anotaciones de uno de los participantes: “*27 de junio 2006: un gran día,*

¹ Monje de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Santiago de Chile.

como de cielo, a Dios todo honor y gloria. A las 8:30 comenzaron a llegar monjes y monjas, benedictinos, trapenses y cistercienses: de Quilvo vinieron 25 hermanas; de Rengo 17; de Rautén 8; de los trapenses de Miraflores 11; de los cistercienses de Chada 2, de Llú-Llú 2, que junto con 15 monjes del mismo Las Condes y sus respectivos superiores, dieron un total de 86 asistentes. A las 9 laudes gloriosas de múltiples voces, acompañadas de órgano, en la iglesia, inundada de helada luz matutina. Después, café con pancitos y queques en el atrio de la Virgen, primeros contactos. A las 10:00, en la cripta, transformada en auditorio, escuchamos parte de las ponencias presentadas por las comunidades de Quilvo, de Rengo y de Rautén. Gracias a la ágil conducción del P. Abad Benito todas pudieron ser escuchadas, aunque no en forma completa, ya que el tiempo no permitía más. A las 11 llegó el Sr. Cardenal Francisco Javier Errázuriz y departió con nosotros hasta mediodía. Traía preparado un escrito de 16 páginas, titulado “Presentación del trabajo preparatorio a la Quinta Conferencia general del Episcopado latinoamericano”. Pero como de inmediato se produjo un clima de fácil intercambio, él nos dijo que prefería dejarnos el trabajo escrito y aprovechar el tiempo para responder a nuestras preguntas, lo que hizo con mucho conocimiento, profundidad y amabilidad. A las 12:15 se celebró la Eucaristía, presidida por el mismo Sr. Cardenal. A pesar de ser día laboral, un buen número de fieles pudo seguir una liturgia espléndida, verdadero gozo del espíritu y de los sentidos. Después de un cordial almuerzo con autoservicio y un corto recreo, se reanudó la sesión de la tarde con una síntesis de la Encíclica Deus caritas est, presentada por el Hno. Martín Correa de Las Condes. Las distintas intervenciones hicieron ver que el documento papal había suscitado un amplio eco en todas nuestras comunidades. La magnífica celebración de las vísperas en la que el coro de monjes alternó sus voces con el de las monjas y posteriormente un café acompañado de los variados aditamentos aportados por las comunidades femeninas, dio conclusión a este Encuentro cada vez más gozoso. Para los monjes de Las Condes las Completas a las 18:45 señalaron el silencio final de un día perfecto”.

Algo de lo reflexionado en el Encuentro

En base al capítulo IV –“Al inicio del tercer milenio”– del Documento de Participación difundido por el Consejo Episcopal Latinoamericano y titulado *Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, el P. Abad Benito había enviado 22 puntos de reflexión para las siete comunidades monásticas de Chile y las respuestas fueron más que suficientes para llenar nuestro limitado horario de ponencias. En general se creció en la conciencia de que la forma de vida monástica contenía virtualmente las respuestas profundas a los desafíos señalados por nuestros pastores.

Se destacó, por ejemplo, el valor ejemplar del voto de **estabilidad** para una sociedad imbuida en la seducción de lo desechable, de lo efímero y pasajero: “un amor estable”, un compromiso duradero, pues lo emotivo en muchos casos decide el camino a seguir. Fácilmente la persona se disgrega, o queda atrapada en la superficie, tironeada por emociones y sentimientos contradictorios, sin lograr unificarse desde su ser profundo. Es necesario acompañarla para alcanzar su maduración afectiva, la aceptación de sus límites y heridas, en su interacción relacional, integrando positivamente todas sus dimensiones humanas, todo su potencial, arriesgando los talentos recibidos en su pasión por Dios y por el hombre de hoy.

El valor del voto de **conversatio morum** frente al abandono de los valores morales de nuestro mundo. Nos pone en la dirección de la configuración con Cristo en sus aspectos de pobreza y castidad, y ofrece a la sociedad de hoy obsesionada con el poder y el sexo, una riqueza de vivir en **libertad** ante los bienes del mundo en general.

El valor del voto de **obediencia** a Dios, a una Regla y a un Abad, frente al cultivo de una falsa libertad y desprecio del decálogo. Uniéndonos a Jesucristo obediente hasta la muerte, nos asocia a la creación entera que obedece a las leyes de su Creador, frente a un mundo que rompiendo las “leyes naturales” se aleja de Dios y de los hombres.

Otros presentaron el dinamismo terapéutico de la vida fraterna, de la liturgia y la oración, del trabajo y de la hospitalidad. También se comentaron los temas de la “ecología humana”, mencionada en el N° 99 del D.P.; de la visión cristiana de la mujer (N° 101); del criterio de la verdad (N° 104); del monasterio como “oasis de paz” para el hombre de los desiertos modernos (N° 108 y 109). No fue posible abordar el resto del riquísimo capítulo IV del Documento. Aunque había claridad y unanimidad en cuanto a los valores de la espiritualidad benedictino-cisterciense, no se veía fácilmente cómo “traducir” dichos valores a la vida de nuestras iglesias y menos aún a la sociedad en general. Lo que es seguro es que tan imprescindible como la presencia y el testimonio de los monasterios, es su crecimiento en santidad y en número. Lo que nos permitirá estar más en sintonía con las preocupaciones y las esperanzas que motivan al Episcopado a convocar a su próxima V Asamblea.



¿Puede considerarse el monje evangelizador en la Iglesia? ¿Discípulo y misionero?

Algo de lo que se dijo en el Encuentro

«Escuchando el D.P., me llegó la esto de que, desde Medellín, nuestra Iglesia quiere abrirse al diálogo. “Abrirse” es una expresión muy bella. Abrirse para recibir y para reflejar. Unida con su centro, Jesucristo. Desde Él y en Él, puede decir “sí” a todo y a todos, sin desintegrarse, a Él recibe y va a Él. Es una vocación, hoy, que entusiasma a cada ser viviente. No se trata de salir del monasterio ni de buscar interlocutores. Se trata de nuestra *actitud* en relación con Dios» (Miraflores).

«Nos dimos cuenta que el D.P. era sólo un instrumento para despertar a la reflexión y que se esperaban “aportes creativos”» (*Quilvo*).

“Al leer el Documento nos surgió la pregunta: ¿Qué se espera de la VIDA MONÁSTICA hoy en la Iglesia?” (*Rengo*).

“El capítulo IV del D.P. –quizás es el mejor capítulo–, hace un análisis lúcido de la realidad y mueve a la reflexión... con el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo... el Monasterio puede proponer una economía humana reponedora, puede mejorar la calidad de vida ya que hay ritos que sanan” (*Las Condes*).

«La universalidad, con todas las caras de la realidad actual de la globalización, ha entrado de muchas formas en el corazón mismo de nuestras comunidades: nos sentimos llamadas a vivir la compasión, bajo la mirada del Misericordioso, llamadas a ser “casa de misericordia”. Afectadas por una vivencia de orfandad, con padres ausentes, familias divididas, sin referentes claros y sanos que den vida, experimentamos que, llevando los pesos las unas de las otras, honrándonos con los lazos de la caridad que todo lo espera, que es paciente, que es servicial... (cf. 1 Co 12, 4-7 y RB 72), podemos contribuir a la edificación de la civilización del amor» (*Quilvo*).

“Mirarse con una mirada de confianza mutua sin descalificar...”

“Esto debería llevar a revisar la forma en que estamos practicando la solidaridad, si es más bien asistencial o tiende a lo promocional; y también cómo estamos viviendo nuestra pobreza personal y comunitaria, en cuanto a austeridad, sencillez, sobriedad, en el uso de los bienes de consumo; cuidado y respeto de la naturaleza, y la forma de relacionarnos con el mundo. Tal vez nos ayudaría responder a estas preguntas: ¿Nos alegramos con lo que nos dan o nos entristecemos por lo que nos gustaría tener? ¿Vivimos en función del celular, de *internet* y del correo electrónico o de tener lo de última generación en lo tecnológico?...” (*Rengo*).

“Iglesia, casa y escuela de comunión” (*S. S. Benedicto XVI*). En nuestras comunidades monásticas se aprende e irradia la comunión, acogida, ecumenismo y fidelidad, lo vivimos y transmitimos” (*Rautén*).

“La Liturgia, centro vital de la comunidad, es alabanza, memoria de Dios e intercesión. En ella se fortalece nuestra unidad, transformándonos en lo que celebramos...”.

“Abrazamos la vida cenobítica en una comunidad concreta, con herramientas que el mundo no utiliza: obediencia, humildad, escucha recíproca, para dejarnos reconstruir como humanidad nueva en la verdad del Creador. La visión de fe nos llama constantemente a la comunión evangélica entre hermanas de diferentes experiencias, historias, clases, cultura y nacionalidad...Nos interpela la desigualdad discriminadora de nuestra sociedad, que llevamos como espada en el corazón, y de la cual sufrimos todas las consecuencias en nuestro diario vivir” (*Quilvo*).

«Como monjas benedictinas nos toca escuchar las preocupaciones de la gente y de muchos sacerdotes. Conociendo esta realidad nos urge apoyar el tema de la FORMACION que el Documento plantea en profundidad y que hemos visto tan necesaria para la Vida Monástica. Creemos que es un tema central y estratégico para la Vida Religiosa.

Del mismo modo nos parece esencial la “formación en los seminarios y la formación permanente de los sacerdotes”, de manera que puedan alcanzar y desarrollar una madurez humana, espiritual, psicológica y afectiva que los haga vivir su ministerio con alegría, libertad y pasión por el Reino de Dios. Ejerciendo un servicio humilde en su misión pastoral como Padres espirituales de

una grey que siente la carencia de la paternidad. Y además recibir una preparación adecuada para administrar y gestionar sabia y prudentemente los bienes materiales que les son confiados».

“El sacerdote debe ser sobre todo un *hombre de oración*... amigo de Jesucristo” (S. S. *Benedicto XVI*) (*Rengo*).

“Recibimos con gratitud, como don de Dios, nuestro trabajo, sobre todo el manual, con que se nos ofrece la ocasión de participar en la obra divina de la creación y restauración del mundo. Este trabajo, arduo y redentor, es signo de solidaridad con el mundo obrero y ocasión de una ascesis profunda, asumiendo el esfuerzo y la fatiga, y la humillación de nuestras contradicciones. Nos permite procurarnos la subsistencia y ayudar a otros, especialmente a los más pobres. Es escuela privilegiada de comunión fraterna y ocasión de maduración de toda la persona” (*Constituciones O.C.S.O. N° 3,4*) (*Quilvo*).

“Y para terminar, podríamos hacernos eco de la Encíclica *Dios es Amor* de S.S. *Benedicto XVI*, que al parecer ha impactado con su mirada de amor sobre el mundo y la forma de encarnarlo en la vida de cada día” (*Rengo*).

*Monasterio Benedictino de Las Condes
Casilla 27021
Santiago 27
Chile*